



Sáb
24
Ene
2015

Evangelio del día

Segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar
Hoy celebramos: San Francisco de Sales (24 de Enero)

“Su familia decía que no estaba en sus cabales ”

Primera lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 9,2-3.11-14:

Se instaló una primera tienda, llamada «el Santo», donde estaban el candelabro y la mesa de los panes presentados. Detrás de la segunda cortina estaba la tienda llamada «Santo de los Santos».

En cambio, Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su «tienda» es más grande y más perfecta: no hecha por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado.

No lleva sangre de machos cabríos, ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna.

Si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de una becerro, santifican con su aspersion a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, para que demos culto al Dios vivo!

Salmo

Sal 46,2-3.6-7.8-9 R/. Dios asciende entre aclamaciones; el Señor, al son de trompetas

Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor altísimo es terrible,
emperador de toda la tierra. R/.

Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
tocad para Dios, tocad;
tocad para nuestro rey, tocad. R/.

Porque el Señor es el rey del mundo:
tocad con maestría.
Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado. R/

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 3,20-21

En aquel tiempo, Jesús llegó a casa con sus discípulos y de nuevo se juntó tanta gente que no los dejaban ni comer. Al enterarse su familia, vinieron a llevárselo, porque se decía que estaba fuera de sí.

Reflexión del Evangelio de hoy

La Carta a los Hebreos nos habla hoy de la entrada de Cristo en el Templo, en el Santuario. No lo hace como los sacerdotes de la Alianza, sino como el que inaugura unas relaciones nuevas con su Padre y nuestro Padre Dios. Su sacrificio, su inmolación no tienen nada que ver con los sacrificios antiguos. Es un sacrificio perfecto que sus seguidores repiten, por orden suya, en la Fracción del Pan.

En el brevísimo párrafo evangélico se nos muestra a Jesús, primero en casa con sus discípulos, abrumado por la cantidad de gente que acudió a él en el momento que se divulgó la noticia. Y, en segundo lugar, la reacción de su familia al enterarse de que estaba en casa sin ni siquiera tiempo para comer.

La “locura” del Evangelio

Pablo lo describía así: “Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los griegos, pero para los llamados –judíos o griegos– un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (I Cor 1,22-24). La “locura” de aquellos seguidores de Jesús, que no le dejaban ni comer, es propia de personas

entusiasmas, que no han visto nada parecido al “fenómeno” de Jesús. Alguien que no habla como los escribas y sacerdotes, sino con autoridad, con coherencia, con credibilidad. Y que no sólo habla, sino se preocupa por todos, cura las enfermedades, echa demonios, suprime maldades y dolencias. A una persona así hay que seguirla como sea. Sólo él puede ser la solución para los mil problemas que los demás sólo pueden aliviar en el mejor de los casos.

Lo “razonable” del Evangelio

Jesús nunca buscó seguidores incondicionales sin más; no buscó ni busca seguimientos inmaduros, basados en motivos equívocos, un tanto egoístas o interesados. Lo razonable es tomarse en serio el Evangelio, como los santos, como San Francisco de Sales; asumir los valores predicados y vividos por Jesús; intentar captar toda la riqueza y autenticidad de sus actitudes, y, razonablemente, tratar de practicarlas y vivirlas. Lo razonable es llegar a comprender el auténtico rostro del Dios mostrado por Jesús en sus parábolas y ejemplos. Y si llegamos al convencimiento de que al Dios Padre mostrado por Jesús no le deja indiferente una sola oveja perdida, sentir que de ese Dios podemos fiarnos, en un Dios así se puede confiar. Al hacerlo, como por contagio, nacerán en nosotros actitudes de compasión y misericordia como las de Jesús. Y, contrariamente a lo que hicieron aquellos que se juntaron a Jesús, le dejaremos comer y seguro que él también “partirá para nosotros el pan”.

Permitidme no comentar lo inaceptable y despreciable. Me refiero al hecho de pensar que Jesús no estaba en sus cabales. Y que piensen así sus enemigos por motivos espurios, mal está pero se puede entender. Pero, que esto lo haga su familia, por un cariño mal entendido y peor practicado, no es tan aceptable. Cuando una vez le avisaron a Jesús: “Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren hablar contigo, él contestó al que le avisaba: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: Estos son mi madre y mis hermanos. El que hace la voluntad de mi Padre, ese mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,46-49).



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

San Francisco de Sales

El Santo de las pequeñas virtudes

Annecy (Alta Saboya), 21-agosto-1567 - Lyon, 27-diciembre-1622

Resulta difícil imaginarse a un santo obispo que, familiarmente, pertenece a la nobleza, se ha relacionado con la grandeza de su tiempo, es reconocido como doctor de la Iglesia y, sin embargo, pueda caracterizarse como el santo de las pequeñas virtudes. «*Sobre todo* —escribía en una de sus cartas de dirección espiritual— *a mí me gustan estas tres virtudes insignificantes: la dulzura de corazón, la pobreza de espíritu y la sencillez de la vida; y estos ejercicios pocos vistosos: visitar a los enfermos, servir a los pobres, consolar a los afligidos y, todo ello, sin darle importancia y haciéndolo en plena libertad*» (Oeuvres, XII, 205).

Juan Pablo II, en su exhortación apostólica *Christifideles laici*, decía de él: «Podemos concluir relejendo una hermosa página de San Francisco de Sales, que tanto ha promovido la espiritualidad de los laicos. Hablando de la «devoción», es decir, de la perfección cristiana o «vida según el espíritu», presenta de manera simple y espléndida la vocación de todos los cristianos a la santidad y, al mismo tiempo, el modo específico con que cada cristiano la realiza: *En la creación Dios mandó a las plantas producir sus frutos, cada una según su especie. El mismo mandamiento dirige a los cristianos, que son plantas vivas de su Iglesia, para que produzcan frutos de devoción, cada una según su estado y condición. La devoción debe ser practicada en modo diverso por el hidalgo, por el artesano, por el sirviente, por el príncipe, por la viuda, por la mujer soltera y por la casada. Pero esto no basta; es necesario además conciliar la práctica de la devoción con las fuerzas, con las obligaciones y deberes de cada persona (...). Es un error —mejor dicho, una herejía— pretender excluir el ejercicio de la devoción del ambiente militar, del taller de los artesanos, de la corte de los príncipes, de los hogares de los casados (...). Por eso, en cualquier lugar que nos encontremos, podemos y debemos aspirar a la vida perfecta*» (CL, n.º 56)» [...]

El Santo del amor de Dios

La obra espiritual más importante de Francisco de Sales es el *Tratado del amor de Dios*. El papa Pío XI decía que en esta obra -el santo doctor, como si intentase escribir una historia del amor de Dios, narra cuál fue su origen y su desarrollo y también por qué empezó a enfriarse y languidecer en el ánimo de los hombres; después expone cómo podríamos ejercitarnos y crecer en él. Cuando la ocasión se presenta, explica lúcidamente cuestiones difíciles como la gracia eficaz, la predestinación, la vocación de la fe; y para que el discurso no aparezca conceptual y frío lo adoba con tan festiva gracia y con un aroma tan grande de piedad, y lo reviste con tal variedad de comparaciones y tales ejemplos y citas apropiadas sacadas con frecuencia de las Sagradas Escrituras, que el libro parece brotar, no tanto de su mente cuanto de sus entrañas y de su corazón» (encíclica *Rerum Omnium*, del 26 de enero de 1923). En efecto, se podría decir que este libro es el diario del alma de dos santos: Francisco de Sales y Juana de Chantal.

Un tema fundamental de la espiritualidad salesiana, magníficamente expuesto en esta obra, es la búsqueda y cumplimiento de la voluntad de Dios: *Nada pedir y nada rehusar*, decía frecuentemente el santo obispo. En efecto, quien se sabe hecho a imagen y semejanza de Dios, busca identificarse con él, aceptando el proyecto divino sobre su persona, tratando de agradar a Dios en todo su obrar, deseando siempre le bon plaisir de Dieu.

A veces se ha dicho que Francisco de Sales ofrece una espiritualidad poco austera e, incluso, algo festiva: una oración poco exigente, ausencia de disciplina, pocas mortificaciones, etc. ¡Qué poco han leído las obras del santo obispo de Ginebra quienes así hablan! Él sabe bien que *si en el Tabor hubo más claridad, fue en el Calvario donde hubo mayor salvación. El Calvario -decía- es el monte de los amantes*. Y puesto que el Señor invita a todos sus discípulos a tomar cada día la propia cruz, una y mil veces aconsejaba que había que abrazarse a la cruz. Pero no la cruz que cada uno quisiera labrarse, sino la que Dios nos manda cada día: *Prefiero llevar una cruz de paja, que el Señor me envíe, que una cruz muy pesada, pero que yo eligiera*. [...]

Valentín Viguera Franco S.D.B.